

# Stefan Zweig, inventor del siglo XX

**S**tefan Zweig se acostumbró muy pronto a la vida imperial. Nació en Viena, la capital de los Habsburgo y ahogó su vida en veronal (un sedante) en Petrópolis, la ciudad de Pedro I, el primer emperador de Brasil. El 22 de febrero de 1942, hace ya 69 años, Zweig y su segunda esposa, Charlotte Elisabeth Altmann, se despidieron del mundo en mitad de ninguna parte, entre dos coronas doradas. El primer europeo, sin paciencia, había vaticinado un planeta entero bajo la sombra de la cruz gamada. Se despidió de la vida a punto de cumplir sesenta años. El suyo siempre fue *El mundo de ayer*.

Zweig nació en un país que, a su muerte, ya sólo era historia. En 1881 Francisco José I era el emperador de media Europa y Sissi, emperatriz de Austria-Hungría, un imperio ajado que se había convertido en el centro cultural de un continente listo para sumar muertos de dos guerras mundiales seguidas. Soldados en el barro, casonas en ruinas y naciones emergentes. Viena, la ciudad del Danubio azul y del psicoanálisis, intentaba salvar la historia que fue gloria de palacios y vestidos de relumbrón, un siglo XIX que agotaba el pasado y que anunciaba la centuria de todas las explosiones. Zweig hace 130 años nació en una ciudad del pasado.

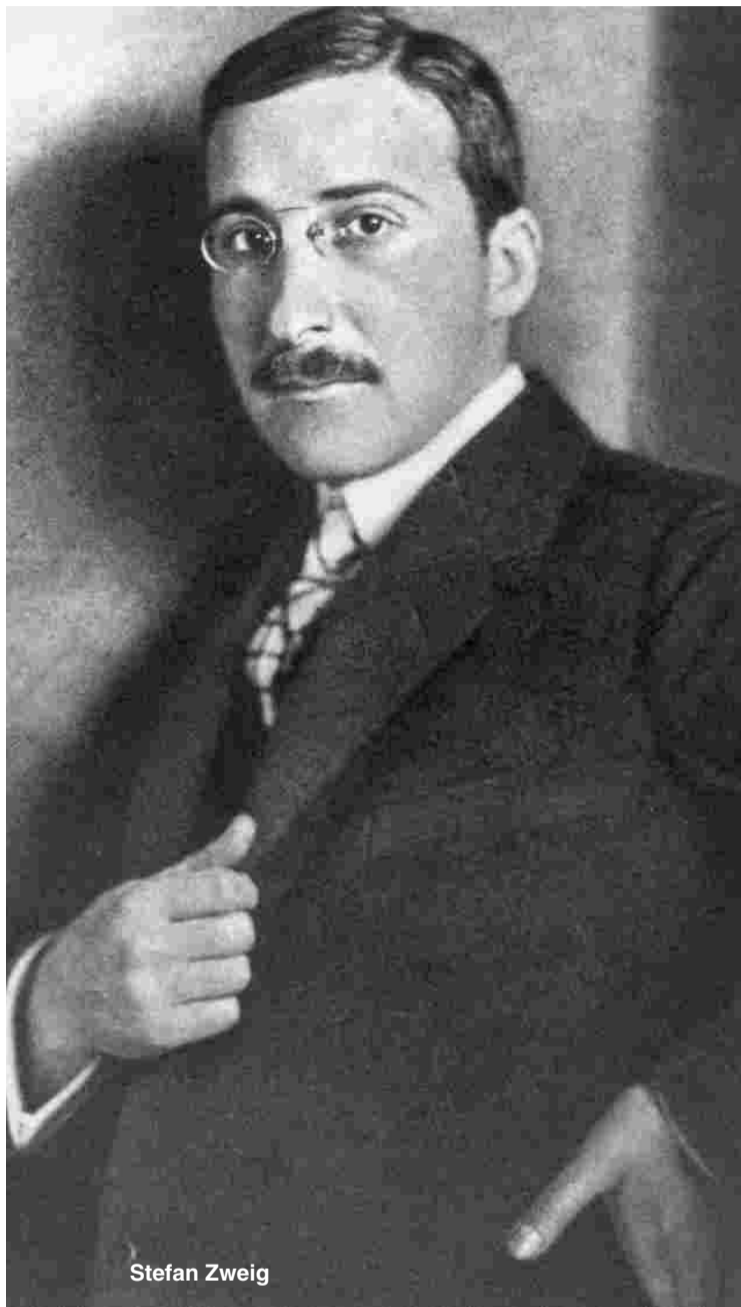
El novelista publicó póstumamente su autobiografía *—El mundo de ayer—*, un relato que Zweig subtítulo “Memorias de un europeo”. Había nacido austrohúngaro. Contempló el colapso del imperio de los Habsburgo, el nacimiento de la república de Austria. Y huyó del continente cuando los nazis entraron en su ciudad con aplausos eternos, sin un sólo disparo de oposición; cuando

Los libros del escritor austrohúngaro, que se fue del mundo un 22 de febrero en Petrópolis, Brasil, vuelven al primer plano literario

la gran Alemania soñada por Hitler levantaba la cabeza.

Zweig contó historias aristocráticas, amores gastados de balneario, delicias de familias bien... un mundo de naftalina, un tiempo desvaído. Stefan Zweig comenzó siendo un escritor decimonónico y, cuando murió, se había convertido en el primero del siglo XX. El austrohúngaro, como Joseph Roth, como Jaroslav Hasek, como Robert Musil, creció en un país que la historia diluyó y quedó sólo en memoria. Zweig grabó su compromiso con el continente en una larga serie de biografías, en verdad (casi todas) magistrales novelas históricas. El mejor siglo XX está en los relatos pasados del austrohúngaro que durmió para siempre al otro lado del mundo, lejos del futuro, huido de un tiempo que volvía del revés el nuevo mundo que había sustituido a una suma de naciones que olían a viejo y a uniformes de húsar y que aguardaban el regusto ácido de las bombas atómicas que Zweig no pudo ni imaginar.

Zweig como novelista contó un *Ardiente secreto* que años después sería la base de una película del enigmático Klaus Maria Brandauer. Escribió: “Una mujer tiene entonces que decidir entre vivir su propio destino o el de sus hijos, entre comportarse como una mujer o como una madre. Y el barón, perspi-



Stefan Zweig

caz a aquellas cuestiones, creyó notar en ella aquella peligrosa vacilación entre la pasión de vivir y el sacrificio”. Las mujeres siempre fueron los personajes más agravados de la literatura de Zweig: “Veinticuatro horas en la vida de una mujer” es, quizás, su novela más conocida, una historia de aparien-

cias, una colección días disipados, como sucede en *El amor de Erika Ewald*.

Pero, sobre todo, el austrohúngaro se dedicó a contar vidas pasadas con los ojos puestos en el presente. El ministro de la Policía francés, Fouché, para Zweig fue una serpiente que viró entre “el comu-

nismo” y el Antiguo Régimen. La biografía del estadista, de hecho, ha sido la última recuperada por El Acantilado. Jaime Vallcorba, el editor, es uno de los responsables de la nueva explosión literaria del austrohúngaro. Son casi tres decenas los libros que han salido en el sello en los últimos años. Zweig produce, todavía hoy, lectores militantes; ya no es obligatorio hurgar en el polvo de las librerías de viejo. Nuevas traducciones, nueva mirada al mundo intuido por el novelista austrohúngaro, dibujante de almas distantes que permitieron la comprensión de la centuria pasada: María, la reina de los escoceses; Castellio, que se opuso a Calvino; la reina María Antonieta, extranjera en un país a punto de quebrar; Magallanes, alrededor del mundo; Cicerón, político que sobrevivió a la ambición de Julio César. La historia la recrea Stefan Zweig en libros como *Momentos estelares de la humanidad*; 14 miniaturas históricas como para reconocer el presente.

Zweig nació en el siglo XIX, en una ciudad dieciochesca. Se suicidó en mitad de ningún sitio. Viena había sido la capital de los Habsburgo y se transformó en la primera provincia del Reich alemán. El austrohúngaro se despidió tierra adentro, a 70 kilómetros del Atlántico. El martes que viene se cumplen 69 años del sueño inducido y letal que dejó a Europa sin Zweig y a Zweig sin Europa.

“Se levantó acta del suceso, y como el apellido extranjero era desconocido, pusieron sobre su tumba una cruz de madera barata, una de esas cruces pequeñas sobre unos destinos inominados que, en la actualidad, cubren nuestra Europa de uno a otro extremo”. Así termina “El refugiado”, un relato incluido en *Calidoscopio*, su propia necrológica.

Ricardo Menéndez Salmón

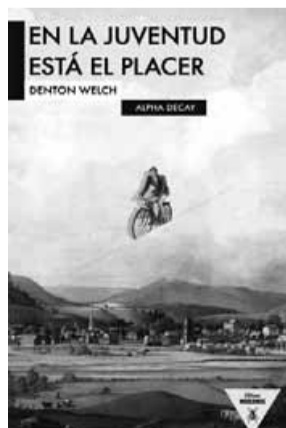
**L**as imaginaciones febriles y desbordadas constituyen un magnífico material literario. Sobre todo si se encarnan en adolescentes tempranos, muchachos que ya no son niños pero que todavía no son hombres, aunque atesoran lo más inquietante de ambos mundos: el asombro infinito de la infancia y las derrotas necesarias de la madurez.

Orvil Pym, el bizarro protagonista de *En la juventud está el placer*, del prematuramente desaparecido Denton Welch, pertenece por derecho propio a esa conspicua lista de inteligencias sumamente sensibles en las que descuellan el estudiante Törless de Robert Musil o el Gran Meaulnes de Alain Fournier, por no mencionar al adolescente por antonomasia del pasado siglo, el inolvidable y tantas veces imita-

do Holden Caulfield, mítico protagonista de *El guardián entre el centeno*, de J.D. Salinger.

Atrapado en un verano inacabable, que transcurre en compañía de su extraña familia, un padre y tres hermanos varones vencidos por el fantasma de la madre muerta, Orvil es un insecto de quince años preso en la tela de araña de una imaginación mórbida y sinuosa, en la que una homosexualidad latente y un gusto exacerbado por la carne y el dolor se abren paso en una serie de peripecias dignas de una película de Jodorowski. Baste un ejemplo para ilustrar el desvarío del protagonista: por obra de su imaginación desbordante, el hueco entrevisto entre los pechos de una mujer se convierte, a ojos de Orvil, en el espacio en-

## El soñador contumaz



En la juventud está el placer

DENTON WELCH  
Alpha Decay, 2011

232 páginas

tre las jorobas de un camello blanco, y sus senos en volcanes en miniatura de los que, en vez de leche, manan nubes de humo.

Estos saltos sin red del mundo de la realidad al del deseo jalonan a cada página las vivencias del protagonista, de modo y manera que lo cotidiano se convierte en excepcional y lo excepcional en cotidiano, un hecho que, bien mirado, acaso constituya el secreto último de toda verdad poética. Orvil, contrariamente al mundo que lo rodea con sus imposiciones y deberes, aún no ha aprendido que corregir la mirada es la única esperanza que poseemos de mantener la cordura. Negándose a pagar ese peaje, se mantiene del lado de los solitarios y de los locos, hasta el punto

de que, en realidad, es un enigma para todos, incluido él mismo.

Quizás por ello de la lectura de esta novela de iniciación emana un irremediable aire de desdicha y, a la vez, un tozudo aroma de fábula. Es como si en cada recodo de la vida, por definición prosaica, nos asaltara el dragón de lo milagroso. Y así, la condición final de Orvil, como la de los genios y los inocentes, es la de un soñador contumaz, incapaz de discernir dónde empieza lo plausible y dónde entramos en lo absurdo. Su fracaso práctico es, pues, el mismo que alimenta su singularidad, hasta convertirlo en una suerte de pequeño narrador proustiano que sólo puede confiar en la potencia de sus ensueños para sobrevivir a la fatalidad de ser joven, inteligente y distinto. Un destino, a la postre, tan envidiable como temerario.